

tud por supuesto, proporcionarse goces impersonales. La corte que la hacía Octavio la lisonjeaba, después de sus fiascos de niña casadera, que había llegado á creerse abandonada de los hombres, y además la proporcionaba otras ventajas, de las que se aprovechaba con la mayor frescura, dominada, como estaba, por la sed de dinero.

Un día permitió al dependiente que pagase por ella cinco horas de coche; otro, á punto de salir, le pidió prestados treinta francos, á espaldas de su marido, alegando que se había olvidado coger el portamonedas. Jamás pagaba estas deudas. Hay que advertir que, al abusar de aquel modo no lo hacía ella con fin alguno favorable al joven, se utilizaba sin cálculo, sin más objeto que el de favorecer sus caprichos; pero entre tanto abusaba de su martirio de mujer mal tratada, y que, sin embargo, cumplía estrictamente todos sus deberes.

Un sábado se suscitó una riña formidable entre los esposos, con motivo de una moneda de un franco, que había de menos en la cuenta de Raquel. Como Berta era la encargada de entenderse con la cocinera, Augusto entregó, según acostumbraba, el dinero indispensable para los gastos domésticos en la semana siguiente. Los Jossierand

debían comer con ellos aquella tarde y la cocina estaba llena de provisiones; un conejo, una pierna de carnero, coliflores. Cerca del fregadero, Saturnino, muy acurrucado, embetunaba los zapatos de su hermana y las botas de su cuñado. La riña comenzó después de largas explicaciones acerca de la moneda que faltaba. ¿Qué había sido de ella? ¿Cómo podía perderse una pieza de un franco? No era posible. Augusto quiso examinar las sumas. Entre tanto, Raquel preparaba la pierna de carnero con la mayor tranquilidad, siempre flexible, á pesar de su aire serio, la boca cerrada; pero los ojos muy abiertos. Por último, Augusto soltó cincuenta francos y ya se iba, cuando volvió, preocupado por la idea de la moneda perdida.

—Es necesario que parezca, dijo. Quizás tú la has pedido á Raquel, y te has olvidado de apuntarla.

Berta, indignada, exclamó:

—Eso es... ¡acúsame de sisar...! ¡Te portas como un hombre!

A partir de aquel momento, no tardaron en llegar á lanzarse las más terribles recriminaciones. Augusto, á pesar de su deseo de sacrificarlo todo á la paz se mostró agresivo, excitado por la vista del conejo, la pierna de



carnero y las coliflores, sintiéndose fuera de sí en presencia de aquella cantidad de alimentos, con que su mujer se proponía atiforrar á sus padres. Hojeando el libro de cuentas de la cocinera, exclamaba á cada instante, que aquello no era posible, que su mujer se entendía con la criada para hacer ahorros sobre los gastos de la casa.

—¡Yo! ¡yo! gritó la joven poseida de ira, ¡yo me entiendo con la criada...! Usted, usted es, caballero, quien la paga para que me espíe. Sí, señor, siempre la encuentro pisándome los talones, no puedo dar un paso sin tropezar con ella. ¡Ah! pero no me importa, ya puede mirar cuanto quiera por el ojo de la cerradura, cuando me mudo. Como nunca hago nada que no sea regular, me importa poco su policía de V. ¡Lo único que no tolero es que lleve V. su audacia hasta el punto de acusarme de que estoy en connivencia con ella!

Este imprevisto dejó por un momento estupefacto al marido. Raquel se volvió hacia ellos, sin dejar de guisar, protestó:

—¡Oh! señora, no crea V. lo que dice, murmuró. ¡Respeto mucho á la señora...!

—¡Está loca! añadió Augusto... no se sincere V., que no hace falta... ¡lo repito, está loca!

Un ruido que oyó detrás de sí, le alarmó. Era Saturnino que había tirado una bota de las que limpiaba, para acudir en auxilio de su hermana. Con la cara siniestra y los puños cerrados, balbuceaba que estrangularía al canalla de su cuñado, si volvía á llamarla loca. Lleno de miedo Augusto se refugió detrás de la fuente, y desde este sitio prosiguió gritando:

—Estoy aviado si no puedo hacerte la menor indicación, sin que ese mozo se mezcle en nuestros asuntos... Le he admitido con gusto; pero es preciso que me deje en paz. También es un nuevo regalo de tu madre, temiendo que la estrangule el día menos pensado, ha preferido endosármelo para que yo sea la víctima... Digo, y coge un cuchillo... detente.

Berta desarmó á su hermano y le calmó con una mirada, mientras que Augusto, pálido como la cera, continuaba murmurando en voz baja. ¡Siempre andando con los cuchillos! Con la mayor facilidad del mundo podía darle un golpe, y tratándose de un loco no había esperanza ni siquiera de que la justicia le castigase. Por último, no estaba bien hacerse custodiar por un hermano de aquella calaña, capaz de reducir á la impotencia á un marido, aun en el caso de la



más legítima indignación, obligándole a devorar su vergüenza.

—Mire V., caballero, añadió Berta con desdén, carece V. de tacto en absoluto. Una persona que se estima no se explica de ese modo en una cocina.

Y se retiró á su cuarto, cerrando con violencia las puertas. Raquel volvió á atender al guiso, aparentando que ni siquiera se enteraba de lo que pasaba al lado suyo. Por exceso de discreción, aunque sabía todo lo que pasaba, hacía la vista gorda, y dejó á su amo dar algunos paseos con impaciencia por la cocina, sin decirle una sola palabra, ni siquiera mirarle. Poco después salió Augusto en busca de Berta, y entonces la impasible Raquel puso el conejo al fuego.

—Comprende, querida mía, dijo Augusto á su mujer, á quien halló en su cuarto, que todo lo que he dicho no ha sido por tí, sino para que lo entendiera la criada, que nos está sacando los ojos. De todos modos es preciso que parezca ese franco.

La joven hizo un movimiento de exasperación nerviosa, y mirándole cara á cara, con resolución y pálida de ira:

—Vas á dejarme en paz con tu maldito franco... No es uno lo que yo necesito, quiero quinientos al mes, ¿lo oyes? quinientos

francos para mis gastos. ¡Qué vergüenza! ¡Hablar de dinero en la cocina, delante de la criada! Pues bien, yo también hablaré de dinero... hace ya mucho tiempo que me callo. Quiero quinientos francos al mes para mí.

Augusto la oía asombrado, y entonces ella continuó hablándole el mismo lenguaje que, durante veinte años, hacía oír, cada quince días, su madre á su padre. ¿Quería tenerla desnuda y descalza? Cuando se casaba uno con una mujer, al menos debía arreglarse para vestirla y alimentarla. Mejor pedir limosna que resignarse á vivir sin un céntimo. No era culpa suya si su marido carecía de dotes para ganar dinero. Si, era incapaz, un hombre sin iniciativa, sin saber más que sacar el jugo á los ochavos. Cuando debería haber cifrado todo su empeño en hacer fortuna pronto, en vestirla como una reina para llamar á su tienda todas las gentes que iban á la de M. Hedouin, se mostraba cicatero, roñoso. Y era natural, un pobre diablo, sin cabeza... ¡su ruina era segura! Este aluvión de palabras exhibía su furioso apetito de dinero, toda la religión del dinero, cuyo culto había aprendido en el seno de su familia, viendo las bajezas que se cometían, sólo por aparentar tenerlo.



— ¡Quinientos francos! exclamó al fin Augusto. Prefiero, mil veces antes, cerrar la tienda.

Ella le miró con frialdad.

Me los niegas... dijo; está bien, contraeré deudas.

— ¡Más deudas aún, desgraciada!

Y con un movimiento brusco la cogió del brazo y la empujó hacia la pared. Entonces ella, sin gritar, ahogándose de cólera, corrió á abrir la ventana como para arrojar al patio; pero se volvió y empujándole á su vez hacia la puerta, le arrojó del cuarto diciendo:

— ¡Vete ó hago una atrocidad!

Y dándole con la puerta en las espaldas, corrió el cerrojo. Un instante escuchó sin saber qué hacer. Después bajó á la tienda lleno de terror, al ver brillar en la sombra los ojos de Saturnino, á quien hizo salir de la cocina el ruido de la breve lucha que hubo entre marido y mujer.

Abajo, Octavio que vendía pañuelos de seda á una señora de edad, notó en el alterado rostro de Augusto que había pasado algo. Con el rabo del ojo le miraba pasear agitadamente por detrás del mostrador, y cuando quedaron solos, Augusto que se ahogaba corrió á él.

— Querido, se ha vuelto loca, le dijo sin

nombrar á su mujer. Se ha encerrado... Hágame V. el favor de subir á hablarla. Temo que ocurra una desgracia.

El joven afectó vacilar. ¡Era tan delicado lo que le pedía! Pero en fin, accedió para darle una prueba de abnegación.

Arriba halló á Saturnino de centinela delante de la puerta del cuarto de su hermana. El loco al oír ruido de pasos, lanzó un gruñido de amenaza; pero cuando reconoció al dependiente desarrugó su ceño.

— ¡Ah! tú sí... murmuró. Tú eres bueno. Haz que no llore. Sé amable, busca medios de consolarla, y no temas, que aquí estoy yo. Si la criada quiere figonear, la aplasto.

Y sentándose en el suelo guardó la puerta, poniéndose á limpiar una de las botas de su cuñado que tenía en la mano... De este modo entretenía su ocio.

Octavio se decidió á llamar, pero ni oyó el menor ruido ni obtuvo respuesta. Entonces se anunció, y en seguida se descorrió el cerrojo. Berta entreabriendo la puerta, le rogó que entrase. Después volvió á cerrar, y echando de nuevo el cerrojo:

— Con V. sí quiero entenderme, dijo... con él no.

Y continuó paseándose encolerizada desde la cama á la ventana que había quedado abier-



ta, pronunciando frases entrecortadas. Su marido daría de comer á sus padres si quería, lo que es ella no se sentaría á la mesa. Él les explicaría la causa de su ausencia... ella ir al comedor... antes morir. Por lo demás, prefería acostarse. Y con sus febriles manos abría el embozo, ahuecaba las almohadas, y olvidando de que estaba allí Octavio, hasta hizo un movimiento como para empezar á desnudarse.

Después cambió de idea, y dijo al joven:

—No querrá V. creerlo, le dijo... pero me ha pegado, lo que se dice pegado. ¿Y todo por qué? porque avergonzada de ir siempre hecha un pingo, le he pedido quinientos francos al mes para mis gastos.

Octavio de pié en medio del cuarto, buscaba frases conciliadoras. No debía hacerse mala sangre. Todo aquello pasaria, y como si tal cosa. Al fin arriesgó con timidez un ofrecimiento.

—Si tiene V. algún apuro, dijo, por qué no busca V. á sus amigos... Yo seria tan dichoso si V., por supuesto, un préstamo... usted me devolvería cuando pudiera.

Ella le miraba, y después de una pausa murmuró:

—No; eso sería denigrante... ¿qué pensaría la gente si se supiera?

Su negativa pareció tan resuelta, que no volvió á hablarse del particular. Pero su cólera se había disipado. Respiró con fuerza, se lavó un poco los ojos y se quedó tranquila, algo fatigada, pero sin que sus miradas perdieran el atrevimiento que las distinguía. Él en su presencia se sentía dominado por la timidez del amor, timidez que en último resultado le parecía estúpida. Jamás había amado con más ardor: la intensidad de su deseo oscurecía su habilidad para tratar con las mujeres.

Al mismo tiempo que proseguía aconsejándola con vagas frases una reconciliación, reflexionaba que era un mentecato, y que lo que debía hacer era estrecharla en sus brazos; pero el temor de un desaire le coartaba. Ella, sin decir una palabra, le miraba con su aire resuelto de siempre.

—Es necesario llevar con paciencia los disgustos de la vida, murmuraba Octavio... Su marido de V. no es malo... Si V. supiera llevarle el genio, conseguiría V. de él cuanto quisiera.

Y los dos, detrás del vacío de estas frases, se sentían invadir por el mismo pensamiento. Estaban solos, libres, al abrigo de toda sorpresa, con el cerrojo corrido. Esta seguridad y el tibio ambiente de la habitación,



eran un nuevo incentivo. Sin embargo, él no se atrevía. Ella, como si se hubiera acordado de antiguas lecciones, dejó caer el pañuelo.

— No se moleste V., dijo al joven que se apresuró á recogerlo.

Sus manos se tocaron un instante. Berta se sonreía con ternura, sabía que para conseguir á un hombre era preciso consentir algo, sin aparentar darse cuenta de ello.

— Ya empieza á anoecer, dijo yendo á cerrar la ventana.

La siguió, y allí detrás de la cortina Berta le abandonó una mano riéndose como una loca y alentándole con la expresión de su fisonomía. Él se animó al fin, ella levantó la cabeza mostrándole su hermoso cuello, y él sin darse cuenta de lo que hacía, la besó debajo de la barba.

— ¡Oh! M. Octavio, dijo ella confusa y afectando apartarle de su lado.

Entonces él la cogió en sus brazos, la arrojó sobre el lecho que poco antes había preparado la joven; y al satisfacer su deseo, reapareció toda su brutalidad, el feroz desdén que sentía hacia la mujer bajo la forma de adoración mimosa. Ella silenciosa le soportó sin experimentar felicidad alguna. Cuando se levantó, toda fatigada, con el rostro contraído por el dolor, reconcentró en

su mirada todo el desprecio que sentía hacia el hombre. Todo estaba en silencio. Sólo se oía el acompasado ruido que hacía Saturnino detrás de la puerta al limpiar las botas de su cuñado.

Octavio en el aturdimiento de su triunfo, pensaba en Valeria y en Mad. Hedouin. Ya era algo más que el amante de la pobre María Pichon. Estaba rehabilitado á sus propios ojos. Después, ante un movimiento penoso de Berta, sintió así como vergüenza y la dió un beso con la mayor dulzura. Ella se repenía poco á poco: su fisonomía volvía á mostrarse resuelta. Con su gesto pareció decir: «¡Ya hemos hecho el mal, cómo ha de ser!» Pero sintió en seguida necesidad de expresar un pensamiento melancólico:

— ¡Si se hubiera V. casado conmigo! murmuró.

Octavio se sorprendió, pero no obstante dijo besándola de nuevo:

— ¡Oh! si, ¡qué bueno hubiera sido eso!

Por la noche la comida á que asistieron los Josserand, fué agradabilísima. Jamás se había mostrado Berta más amable. No dijo una sola palabra á sus padres de la riña, y acogió á su marido con aire de sumisión. Éste, encantado, llamó aparte á Octavio para darle las gracias, mostrándose con él tan agrade-



cido y tan cariñoso que el joven se afectó. Por lo demás, todos ponderaban su mérito y le colmaban de atenciones. Saturnino, muy comedido en la mesa, le miraba con cariño como si hubiera participado de las dulzuras de su falta. Hortensia se dignaba escucharle mientras que Mad. Josserand le servía vino, con maternal estímulo.

—Pues sí, dijo Berta á los postres, voy á volver á dedicarme á la pintura... Hace tiempo que deseo adornar una taza para Augusto.

Este buen pensamiento conyugal conmovió al último. Desde que les habían servido la sopa, Octavio había colocado el pié sobre uno de los de la joven y le hacía caricias de este modo, como para tomar posesión de sus dominios. Sin embargo, Berta experimentaba una sorda inquietud en presencia de Raquel, á la que sorprendía siempre escudriñándola. ¿Se conocía en la cara lo que había hecho? ¡No tenía más remedio que despedirla ó sobornarla!

Pero M. Josserand que estaba al lado de su hija, acabó de enternecerla dándole por debajo de la mesa diez y nueve francos envueltos en un papel, diciéndola al oído:

—Esto es lo que he podido ganar haciendo fajas... si debes algo, es preciso pagar.

Entonces, entre su padre que la tocaba la

rodilla y su amante que frotaba suavemente su botina, se sintió á su gusto. La vida iba á ser encantadora. Y todos se mostraban satisfechos de aquella noche pasada alegremente en familia, sin la menor disputa. En verdad que aquello no era natural, algo debía haber que les favoreciese. Sólo Augusto arrugaba la frente molestando por la jaqueca que le sobrevenía al final de cualquier emoción. A las nueve se vió precisado á acostarse.